

Peronismo

● José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

12 La distribución del ingreso



Será adecuado llevar a primer plano otra vez a nuestro criticado y, a la vez, admirado Milcíades Peña. ¡Ah, Milcíades, cuánto ha hecho por ti el descalabro teórico de la Argentina! No es que Milcíades no fuera bueno, pero no parecía *tan* bueno en los sesenta. Cuestiones como el nazismo de Perón ni merecían ser tratadas para Peña. No, lo que él le criticaba al peronismo era, por ejemplo, que no había cambiado la estructura del poder de clases en la Argentina, que el Segundo Plan Quinquenal respetaba la propiedad privada capitalista, que en 1950 se suscribiera un empréstito con el Export Import Bank de Washington. Pero no perdía el tiempo tratando de demostrar que Perón era nazi. Eran tiempos en que el ensayo no se deterioraba por los intereses electoralistas. Cuando analiza la consigna “Alpargatas sí, libros no”, no exclama, como los radicales, siempre acompañando al establishment y a la oligarquía por ese gorilismo que no pueden contener ni elaborar bien (hay quienes sí lo han hecho, pocos), ¡ahí está la prueba de la barbarie peronista, su odio a la cultura! Milcíades dice que la consigna aludida buscaba, por parte del peronismo, eludir consignas anticapitalistas o antiimperialistas. Grave error: la principal consigna del peronismo para las elecciones de 1946 es, según nadie ignora, “Braden o Perón”, que, hasta donde creo ver, es una consigna antiimperialista de cabo a rabo. Pero dejemos eso. Peña dice que en lugar de darles a los obreros consignas clasistas se les da consignas de “odio al cajetilla y al pituco”. De aquí deduce el origen de “Alpargatas sí, libros no”. Y escribe algo formidable: “En verdad, los profesionales de los libros y la política, experimentados ex ministros y diputados, rectores de universidades e intelectuales de nota, demostraron que políticamente no valían el precio de una alpargata” (*Ibid.*, p. 87). El lema de la Unión Democrática era batir al “naziperonismo”. Y escribe Milcíades: “A los peones agrarios, que por primera vez en la historia del país habían recibido una serie de elementales mejoras económicas y sociales, a los arrendatarios a quienes Perón prometía darles la tierra en propiedad, se les ofrecía como candidatos a los terratenientes de la Sociedad Rural Argentina” (*Ibid.*, p. 87).

¿FUE NAZI PERÓN?

Pero veamos la bendita cuestión del nazismo peronista. Parece una bobada incurable. En mi curso del año pasado invito, según es mi costumbre, a los asistentes a dialogar conmigo a partir de los últimos quince minutos de la exposición. Todo iba bien hasta que (¡cuándo no!) aparece el personaje inesperado. Yo ya había expuesto la temática sobre el nazismo de Perón. Pero el fulano se largó una perorata para terminar diciendo que Perón era un nazi y que él y los del GOU mataron a todos los sindicalistas socialistas que habrían hecho una revolución en 1944. Le pregunté si era la primera conferencia a la que asistía (yo ya llevaba ocho) y dijo muy tranquilamente que sí. Bien, es el típico tipo que vaya donde vaya, va para hacerse oír él. Pero esto revela que hay todavía cierto otaraje que impide pensar algo tan complejo, tan difícil y delicado como el peronismo insistiendo con el asunto del nazismo de Perón. Creo que Sebrelí también toma esos caminos —para satisfacción del electorado radical y del buen señor judío de clase media que se traga cualquier cuento que le diga que alguien es antisemita— y no lo han llevado a buen puerto. El gorilismo no es buen consejero. Así se lo ha podido ver a Sebrelí con López Murphy o con Carrió. O sea, la cosa es así: díganme dónde está el peronismo así yo me pongo en la vereda de enfrente, aunque esté, pese a definirme como “hombre de izquierda” o “filósofo de tradición existencialista y marxista”, junto a José Claudio Escribano o Massot o la siempre combativa Lilita o la Sociedad Rural y la UIA. Milcíades no era así. Milcíades pensaba. Escribía: “Por otra parte (viene hablando de las acusaciones sobre “nazismo” que los “aliadófilos” de los cuarenta le hacían a Perón), era falso de raíz llamar ‘nazi’ al peronismo. El nazismo es la guerra civil de la pequeña burguesía dirigida por el gran capital contra la clase obrera. Perón se apoyaba en la clase obrera contra el gran capital y la pequeña burguesía” (*Ibid.*, pp. 87/88). Si se lo busca llamar “nazi”

por su indudable política autoritaria, Peña dirá: “El bonapartismo peronista tendía al totalitarismo, pero no llegaba a serlo. Era un semitotalitarismo. Perón centralizó fuertemente el poder en sus manos, eliminó a los competidores políticos, los sometió a un control severo y los redujo a una mínima expresión mediante el uso intensivo del aparato represivo. Pero no los eliminó completamente de la escena política (...) La oposición estuvo controlada y sojuzgada por los órganos del poder estatal, pero existió, sin embargo, y pudo actuar. Al lado del Estado peronista, al lado del grupo que detentaba el monopolio del poder y de la administración, existían los elementos de una sociedad legal. Pese a sus intentos en tal sentido, el peronismo estuvo inmensamente lejos de alcanzar la estructura totalitaria, que hace desaparecer a la oposición entre el Estado y la sociedad y realiza el ideal de un gobierno que no conoce ninguna limitación” (*Ibid.*, p. 107).

Vamos a aclarar este punto: ¿era nazi Perón como insisten en decir muchos gorilas de tercera o cuarta línea? Perón visitó la Italia de Mussolini, es probable que haya estado un tiempo en el Reich de Hitler antes de la guerra. Pero, ¿dónde se habría expresado esto una vez que llegó al poder? Sin duda, en la estructura autoritaria de su gobierno, que comparada con el nazismo era Suiza o Bélgica. Los muertos del peronismo incluyen al doctor Ingalinella. Que se torturó, se torturó. Pero los torturadores del peronismo son célebres. No fueron tantos. Todo esto, comparado con la “libertad” y la “democracia”, es poco, es realmente escaso y sobre todo teniendo en cuenta el desarrollo propagandístico que se le dio. Volvamos a lo del nazismo. Cierta vez, haciendo zapping, paso por un canal y veo a un tipo joven, muy serio, que dice con seguridad absoluta y hasta algo de irritación: “Nunca en Estados Unidos entró un nazi en la Casa Blanca”. O sea, lo que venía de decir el personaje es que Perón había recibido nazis en la Casa Rosada. Puede ser. Aquí llegaron nazis a montones. Fueron todos los que después manejaron los campos de concentración que armó Perón. Ah, ¿no hubo campos de concentración? Claro, sí los hubo bajo el gobierno de Videla, apoyado por todo el establishment antiperonista que luchó gloriosamente durante los días de la Libertadora. “Sé que en aquellas albas de septiembre (...) lo hemos sentido” escribió Georgie en *Sur*, refiriéndose a Sarmiento. ¡Qué emoción intransferible, Georgie Borges! ¿Así que usted sintió a Sarmiento el 16 de septiembre de 1955? Las clases populares sintieron que las cosas se les venían muy duras de ahí en adelante. María Seoane me contó una anécdota. Creo que era así: cae Perón y su padre se le acerca. Se le acerca y le dice: “Cayó Perón, hija. Los pobres estamos jodidos”. Pero no nos desperdiguemos. Estoy con este personaje al que veo en un canal de la tele y dice eso: que nunca entró un nazi en la Casa Blanca. Este personaje, del que lo único que sé es que vive dedicado a demostrar que todos los nazis del mundo vinieron a la Argentina traídos por el GOU y por Perón, se llama Uki Goñi, que, para mí, da nombre de esquimal. De raro que es, digo. Veamos: Perón fue milico a morir. Le gustaba usar esas capas largas ultramilitares, fue autoritario, buscó edificar una doctrina, se hizo llamar líder, silenció a la oposición. De acuerdo. Pero el elemento fundamental de nazismo, su biologismo racista, estuvo por completo ausente de la ratio peronista. Alfred Rosenberg, en *El mito del siglo XX*, escribe que Francia es un atolón de África manejado por judíos. Perón, por el contrario, dio reconocimiento a la única raza (por decirlo así, yo no creo en las cuestiones “raciales”) denegada en la Argentina. Los postergados eran los “negros”. La oligarquía los odiaba, así como a los judíos. Sería aliadófila, pero era antisemita y maldecía a la negrada, de donde extraía sus “sirvientas” tucumanas o santiagueñas. Esa cuestión del “aliadofismo” es un cuento chino. Todo el bloque occidental era aliadófilo. Victoria Ocampo era tan aliadófila como el senador McCarthy. Estaban en favor de la “democracia occidental” contra el fascismo de Hitler y Mussolini. Por supuesto, defendían sus intereses. No querían que Hitler se comiera el mundo. Después, la democracia se les acababa. Les aparecía el odio de clase y el furibundo anticomunismo. Los “aliadófilos”, siguiendo a Estados Unidos, reemplazan su “alia-

dofismo” por el rencoroso, brutal anticomunismo. McCarthy lo demuestra en Estados Unidos. Se sabe: Patton quería seguir la guerra y no detenerse hasta llegar a Moscú, incorporando a lo mejor de los batallones SS. Se sabe: no era necesario tirar las bombas sobre Hiroshima y Nagasaki. Lo ha dicho el hiperhalcón Curtis LeMay: él hacía vuelos rasantes todas las noches por las ciudades japonesas y las incendiaba. Morían cien mil (leyeron bien: cien mil) civiles por día. Curtis LeMay es quien dice que no era necesario tirar las bombas. Que él arrasaba con todo Japón en menos de un mes. Pero las bombas se tiraron contra el nuevo enemigo: contra la Unión Soviética, buscando amedrentarla. Los rusos, como respuesta, hicieron sus bombas y empezó la maldita Guerra Fría, cuyos lugares calientes estuvieron en el Tercer Mundo, en Corea, en Vietnam, en América latina por medio de las feroces dictaduras como la de Videla, instruida y avalada por el señor Henry Kissinger, criminal de guerra y Premio Nobel de la Paz simultáneamente. Aquí, fue por completo coherente que la “aliadófila” revista *Sur* se volviera macartista, con su musa Victoria Ocampo a la cabeza, y castigara a José Bianco por viajar a Cuba, ese país comunista. Victoria Ocampo entraría en 1977 en la Academia Argentina de Letras. Las Madres de Plaza de Mayo ya hacían sus rondas. Pero ella habló del feminismo. Qué valentía: hablar del feminismo. Pero ni mencionó a las Madres. Ahí estaba el feminismo pidiendo por la vida de sus hijos. Mas Victoria clamó por el feminismo de Virginia Woolf, no por el de esas madres que habían parido subversivos. (Guillermo Saccomanno es quien me ha instruido en este tema, que maneja muy bien y es parte, creo, de su próxima novela, 77, que será, qué duda cabe, potente y muy buena.)

LA INCREÍBLE HISTORIA DE WERNHER VON BRAUN: DE LAS SS A PONER AL HOMBRE EN LA LUNA

Queda claro, supongo: Perón trajo a cuanto nazi quiera Uki, pero no les dio poder. No condicionaron su ideología ni actuaron en la sociedad argentina. Salvo si uds. dicen que ellos hicieron autoritario a Perón (¿como si Perón lo necesitara!) y que hay en la ideología peronista (en la idea de la “comunidad organizada”, como se suele decir) algo de nazismo. Pavadas. En cambio, señores, los norteamericanos, quienes acaso no hayan llevado



nazis a la Casa Blanca, sin duda los llevaron al Pentágono y les dieron *enorme poder*. Todos han visto o debieran ver esa formidable película de Stanley Kubrick que lleva por título *Dr. Strangelove*. Llamada por aquí *Doctor Insólito o Cómo aprendí a no preocuparme y amar la bomba*. Film de 1964, presenta a un científico en una silla de ruedas que sostiene todo el tiempo su brazo derecho con su brazo izquierdo. Siempre que el brazo derecho se le escapa hace el saludo nazi y el Dr. Strangelove exclama: "Heil Hitler!". El éxito del film de Kubrick tapó injusta y tristemente otras dos formidables películas. Una es *Fail Safe*, también de 1964, dirigida por Sidney Lumet e interpretada por Henry Fonda. Y la otra es más conocida por aparecer habitualmente por las pantallas de televisión, por cable o por aire, desde hace varios años. Es *The Bedford Incident* (ridículamente traducida como *Al borde del abismo*, que es la traducción del célebre film de Hawks con Bogart y Bacall). El film es de 1965. Es la historia de un paranoico halcón norteamericano que comanda una destroyer con carga atómica. Se larga a perseguir a un submarino ruso en aguas de Groenlandia. Todo termina en un desastre. Pero el detalle es éste: el asesor del macartista, paranoico y casi demente conductor de la nave (Richard Widmark) es un nazi. Sí, tal cual. Esto habla bien del cine norteamericano. No necesitan que vaya Uki Goñi a decirles que pusieron a nazis en puestos importantes. No, ellos solitos se dan cuenta y hacen muy buenas películas sobre el tema. Lo notable del film es que el nazi (Eric Portman) termina siendo más sensato que el Capitán Widmark, quien acaba por hacer volar todo y presumiblemente desata una Tercera Guerra Mundial. Estas tres películas forman un corpus sobre la Guerra Fría de alto valor cinematográfico. Pero hay algo peor. ¿No entraron nazis a la Casa Blanca? ¿Por favor! Los yanquis fueron mucho más vivos que Perón. Si Perón se mandó ese papelón con su sabio nuclear Ronald Richter, los yanquis se importaron al más brillante científico nazi, al tipo que casi le hace ganar la guerra a Hitler. Nada menos que a Wernher Magnus Maximilian Freiherr von Braun. O más sencillamente: Wernher von Braun. Con respecto al tan sonado affaire Ronald Richter, a quien Perón importó para que le hiciera la bomba atómica y el tipo resultó siendo un fiasco, cosa que el gorilismo explotó hasta niveles extremos, recuerdo a un militante de la JP que decía perplejo: "No entiendo. Se equivocó, ¿y qué

hay? ¿Qué quieren demostrar? ¿Que Perón era boludo?". Impecable razonamiento. Porque o Perón era el demoníaco nazi que hundió a la democracia argentina o frenó a la revolución social que ya estallaba en el '45 o era un boludo porque había traído a Richter. Las pavadas del chiquitaje gorila son asombrosas. Sí, Richter era un tarado recalcitrante. Sí, Perón se comió un buzón. ¿Y? Perón habrá sido muchas cosas: un político sagaz, maquiavélico, pragmático, un tipo de corazón frío, un tipo del que nunca sabremos si quiso o no verdaderamente a alguien, ni siquiera a Evita, un tipo al que con todas esas características no precisamente maravillosas le alcanzó para ser el caudillo de masas más poderoso de la Argentina y para crear un partido que hoy, aunque afortunadamente descafeinado, todavía gobierna. Pero, ¿un boludo? No, la acusación se revierte contra quienes pretenden demostrar eso basándose en el affaire Ronald Richter. Esos, de boludos, todo. Volvamos a Wernher von Braun. Por decirlo rápido: *es el tipo que le inventó a Hitler las bombas V2 con las que asoló la ciudad de Londres y es, al mismo tiempo, el tipo que les puso a los yanquis al hombre en la Luna*.

De a poco. Veamos: Wernher von Braun nace en Alemania en marzo de 1912. Siempre le apasiona la coherencia espacial. Es eso que los yanquis llaman un *rocket scientist*. Un científico de aparatos a reacción. Entra, de joven, en las filas de las SS. Se enrola luego en el Ejército Alemán. Quiere desarrollar misiles balísticos. Entró en las SS, claro, antes de que Hitler llegara al poder. Trabajando para las SS obtuvo un doctorado en ingeniería aeroespacial. ¡Miren a las SS! Y todo el mundo sólo se fija en que montaron campos de concentración y mataron a seis millones de judíos. Pues no: también le permitieron obtener a Von Braun un doctorado en ingeniería espacial. Que se sepa, acaso el mundo lo ignore o lo haya olvidado. Sigue su carrera brillante Herr von Braun. El alto mando alemán le encarga la elaboración de un cohete capaz de atacar territorio enemigo. Wernher von Braun, indignado, huye de Alemania y se refugia en la patria de la libertad y la democracia, Estados Unidos, donde... No, no es así. Wernher se queda en Alemania, como buen nazi que era. Wernher von Braun diseña los modelos A3 y A4 que entusiasman al Führer. Hitler le ordena la producción masiva de los mismos. Wernher les pone el nombre de V2. Hitler, con ellos, se dispone bombardear a Londres. No es sencillo cons-

truir masivamente los V2. Wernher von Braun reclama entonces más contingente humano. Y emplea obreros-esclavos que le son enviados de los campos de concentración y exterminio, algo que Wernher, siempre concentrado en lo suyo, ignora por completo. De lo contrario, humanitariamente se habría opuesto. ¡El tipo era un miserable! Hacia el fin de la guerra se habían arrojado 1155 bombas V2 contra Inglaterra y 1625 contra Amberes y otros objetivos del continente. No hay experto militar que ignore un hecho fundamental: si Von Braun hubiera empezado *antes* la producción en masa de las bombas V2, Alemania habría ganado la guerra. Los aliados bombardearon los laboratorios de Peenemünde, donde trabajaba Von Braun con sus obreros-esclavos, pero no mataron a Von Braun, que ya se había ido en busca de los yanquis. Mataron a todos los que hacían trabajo esclavo. Wernher, entre tanto, iba en busca de la libertad. Los norteamericanos habían organizado la operación Paperclip destinada a capturar científicos alemanes y ubicarlos bajo su dirección. Wernher von Braun se entrega junto con otros *quinientos científicos de su equipo*. Los rusos se lo pierden. También lo quería para su equipo Sergei Korolov. A papá Stalin también le importaba un reverendo rábano que Wernher hubiera sido SS, que haya utilizado obreros-esclavos de los campos de concentración, que sus bombas V2 hayan arrasado buena parte de Europa, nada. Lo quería para él. La guerra que se iniciaba era otra y los cerebros alemanes eran muy codiciados. Ni hablemos de lo que Alemania misma hizo con los nazis, a los que integró masivamente a su resurrección. Pero sigamos con Wernher. Falta lo mejor. Lo más espectacular. ¡Es tanto lo que el mundo y todos nosotros le debemos! Wernher se hace ciudadano norteamericano. Algo que ocurre el 14 de abril de 1955. Es un héroe. Su cohete V2 es la base de toda la coherencia que desarrollan los rusos y los yanquis en la carrera espacial. En 1960, encontramos a Wernher en la NASA. Se le encomienda la construcción de los gigantes cohetes *Saturno*. Pero antes, en la década del '50, Wernher ya era muy conocido por sus artículos en la publicación semanal *Cullier*, la más importante de ese momento. Y aquí viene el dulce "toque" Disney: Wernher participa en tres programas de televisión divulgando temas de exploración espacial. Patrocina la Walt Disney Corporation. No sean amargos: ¿no es esto conmovedor? El SS y Mickey Mouse juntos, dejando atrás sus diferencias, acaso mínimas, y divulgando la ciencia de la coherencia para los niñitos americanos. Aún, dije, falta lo mejor. Wernher tiene en sus manos la fabricación de los cohetes Saturno. Se convierte entonces en el director del Centro de Vuelo Espacial Marshall de la NASA. Diseña, así, el Saturno V. Que el tipo era un genio, lo era. Que había sido un SS, también. Que había reventado a bombazos a los ingleses y a los belgas y a otros países, también. Que había utilizado obreros extraídos de los campos de concentración y exterminio, también. Pero eso, ¿qué importaba? ¿Qué podía importar si Wernher von Braun, durante los años 1969 y 1972, con el cohete Saturno V... ¡lleva al Hombre a la Luna! Caramba, lo que es la historia humana. El hombre llegó a la Luna de la mano de un SS. ¿Recuerdan ustedes esas jornadas maravillosas de 1969? Yo sí, porque soy un veterano y serlo tiene sus grandes ventajas. A veces sentís que la Historia se te entrega en totalidad y la podés ver desde un lado que siempre se te negó, porque, sencillamente, eras joven. Es cierto, estás más cerca de la Parca, estirás la pata en cualquier momento, pero disfrutás de la posibilidad de un saber más añejo, más totalizador. Bien, se acabó el interregno sentimental. Wernher nos sigue reclamando. Las jornadas de 1969, decía. Fueron así: el mundo entero estaba fascinado por una conquista, no de los norteamericanos, sino del Hombre. Era el Hombre el que había llegado a la Luna. Igual, los yanquis clavaron ahí su banderita, alevosamente. Todos miraban la tele. Todos exclamaron extasiados cuando ese Armstrong dio unos saltitos en el suelo ceniciento del planeta de los enamorados. Aquí manejaban la transmisión de TV Mónica Mihanovich, creo que así se llamaba en ese entonces, y el más que agradable Andrés Percivale. De pronto, ¡aparece Nixon! ¡Y se pone a hablar con Armstrong! Increíble: el hombre habla desde la



Tierra con el hombre que está en la Luna. Durante esos días, Nixon había ordenado un ataque masivo de sus poderosos bombarderos B52 sobre Vietnam del Norte para terminar de una buena vez con esa maldita guerra que no podían ganar y les arruinaba esta fiesta espacial. También durante esos días se hace el Cordobazo en la Argentina. Pero es el mundo el que festeja. ¡Hemos llegado a la Luna! Se ha cumplido el sueño de Herbert George Wells, ese visionario. El film de Georges Méliès es realidad. El Hombre, así, con mayúscula, ha escrito una de las páginas fundamentales de su Historia. Todo gracias a Wernher. Que ya sabemos quién había sido. Amigo de Hitler, pudo haberlo llevado a ganar la guerra si disponía de un poco más de tiempo. En ese caso, habría sido el bueno de Adolf quien hablara con algún Armstrong alemán, y bien nazi, sobre la gran hazaña del género humano. ¡Y el nazi era Perón!

LA FAMOSA VISITA DE MILTON EISENHOWER

Que entraron nazis en cantidad es imposible negarlo. Perón les abrió las puertas. Creía que le traerían materia gris. Tenía, posiblemente, simpatía por alguno de ellos. O no, no sé. Piedad, de ninguna manera. No sé si Perón conoció un sentimiento tan delicado, tan cristiano como el de la piedad, el de la compasión. Sentimientos odiados por Nietzsche. (Cualquiera que lea el primer libro de *La genealogía de la moral* podrá comprobarlo. Nietzsche detestaba los valores sacerdotales. Muy especialmente el ideal ascético de la vida.) Pero, sobre todo, Perón les habrá sacado mucho dinero. Hay, sin embargo, algo definitivo: ninguno de los nazis que vino influyeron en la política obrerista de Perón. Perón no fue en absoluto antisemita. Borlenghi era judío. Reconoció en seguida al Estado de Israel. Persiguió al catolicismo, no al judaísmo. Y su autoritarismo ni puede (remotamente) compararse con el autoritarismo nazi. De modo que terminen con este cuento porque –para entender el peronismo– no sirve para nada, estorba y confunde. Ahora, para propaganda radical electorista, funciona. Estados Unidos es el gran impulsor de la teoría del nazismo peronista. Braden la inició empujado por los partidos de la Unión Democrática, desde los conservadores hasta los socialistas. Y Braden tenía sus motivos para odiar a Perón. Cuando asume como embajador le lleva un pliego de condiciones. Más o menos como José Claudio Escribano con Kirchner. Braden le dice: “Si usted cumple con todo esto, será muy bien considerado en mi país”. Y Perón, célebremente, le contesta: “Vea, no quiero ser bien considerado en su país al precio de ser un hijo de puta en el mío”. Tal cual, brillante. Braden se va tan furioso que olvida su sombrero. Un ordenanza se lo alcanza cuando está por subirse al auto de su embajada. Ese sombrero es un legítimo trofeo que Perón conquista en sus enfrentamientos con el imperialismo.

Wernher von Braun habría de morir en junio de 1976. De cáncer. No logró inventar una bomba contra esa maldita enfermedad. Pero, en el colmo de los colmos, “América” haría una película laudatoria sobre él. Se llamó *I aim the stars*, algo así como *Yo apunto a las estrellas*. Aquí se estrenó bajo el título de *Mi meta son las estrellas*. Very touching. La dirigió un distinguido director: J. Lee Thompson, quien habría de dirigir ese pelucón que sería *Los cañones de Navarone* (*The Guns of Navarone*, 1967, 157 minutos), con Gregory Peck, David Niven, Anthony Quinn, la italiana Gia Scala, la trágica griega Irene Papas, los notables actores ingleses Anthony Quayle, Stanley Baker y Richard Harris, a quien todos conocen, espero. Bien, este formidable director dirigió a Curd Jurgens, un actor de moda en esa década del cincuenta, que haría *La posada de la sexta felicidad* junto a Ingrid Bergman, *El zorro del mar* junto a Robert Mitchum y *Lord Jim*, junto a Peter O’Toole. Entre muchas otras. No le faltó nada a Wernher von Braun. Estados Unidos le dio todo. También la Unión Soviética se llevó miles de científicos alemanes. ¿A qué jugamos, Uki?

Como vemos, vamos despejando las interpretaciones bobas del peronismo. Son las más

difundidas. Una vez aclarado que Perón *no fue* nazi, nos concentraremos en otros pecados del peronismo. Vino, en efecto, Milton Eisenhower. Pero no vino sólo a la Argentina. ¡Ni vino a rendirse según el supremo disparate de Hernández Arregui! Hizo una gira por toda América latina que pensaba hacer su hermano Dwight, quien había sido el comandante general supremo de las fuerzas aliadas que desembarcaron en Normandía. Dwight asume en noviembre de 1952 como Presidente republicano. Sabemos que los republicanos representaban más que los demócratas el despiadado poder de Wall Street y de las grandes corporaciones. La lucha era, para ellos, “Free World and Communism”. Comienzan las actividades del turbio senador Joseph McCarthy. El 1º de noviembre de 1952, días antes de asumir Eisenhower, Estados Unidos, a las siete de la mañana, detona en el atolón de Eniwetok, en las islas Marshall, Océano Pacífico, la *primera bomba de hidrógeno*, con diez megatoneladas y media. *Seiscientas veces más poderosa que las que destruyeron Hiroshima y Nagasaki* (Fuente: Luiz Alberto Moniz Bandeira, *La formación del Imperio Americano*, Grupo Editorial Norma. Libro de lectura imprescindible para entender nuestro país y el entero mundo). Milton es enviado por Dwight para una visita de “inspección” por América latina. Perón escribe en *Democracia*, bajo su seudónimo “Descartes”, un texto laudatorio. Toda la izquierda se indigna. Sin embargo, Perón sabía más que todos juntos quién venía a visitarlo: Dwight Eisenhower, Joseph McCarthy, Curtis LeMay, siniestro halcón del Pentágono, que mataba cien mil civiles japonés con sus aviones incendiarios y dijo que si lo dejaban seguir a él unos días más no serían necesarias las bombas sobre Hiroshima y Nagasaki, y, por fin, también visita a Perón el poder nuclear de Estados Unidos. Esa bomba de hidrógeno, de diez megatoneladas y media.

Como vemos, la visita de Milton Eisenhower no fue la de un amable embajador que venía en visita de buena voluntad. Ahí, en 1953, Perón sanciona una ley de inversiones extranjeras que asegura un trato favorable al capital internacional. Vimos que Juan Carlos Esteban lo niega. Veremos que Milcíades Peña lo condena.

LA CLASE OBRERA PERONISTA SUPERA EL 50% EN LA DISTRIBUCIÓN DE LA RENTA

En cuanto a Peña, escribe dos frases definitivamente equivocadas. Lo eran porque ni Perón ni nadie podía llevarlas a cabo. “El peronismo (dice) no modificó la estructura tradicional del país, es decir las relaciones de propiedad y la distribución del poder existentes” (*Ibid.*, p. 96). Y también condena a los *planes quinquenales* porque su punto de partida “era la propiedad privada capitalista” (*Ibid.*, p. 98). Desde este punto de vista, todo lo que hizo el peronismo en beneficio de los necesitados, de los peones de estancia, de los obreros era nada. Peña pensaba como un marxista de los sesenta y pensaba en la Revolución Cubana. En suma, le pedía a Perón, en los cuarenta, ser el Fidel Castro de 1959. Imposible petición, exagerada, ajena a todo contexto histórico, a toda relación de fuerzas. Cuando, en mi curso sobre peronismo, leí el resumen que hace Milcíades de la “revolución peronista”, el auditorio estalló en una carcajada. Veían, desde el presente, desde este presente oprobioso para los humillados, los excluidos, los marginados, los condenados a la prostitución, a la delincuencia o al trabajo esclavo, las exigencias de un marxista que escribía desde los sesenta, desde la post Revolución Cubana. Porque el texto final de Milcíades es el siguiente: “Sindicalización masiva e integral del proletariado fabril y de los trabajadores asalariados en general. Democratización de las relaciones obrero-patronales en los sitios de trabajo y en las tratativas ante el Estado. Treinta y tres por ciento de aumento en la participación de los asalariados en el ingreso nacional. A eso se redujo toda la ‘revolución peronista’” (*Ibid.*, p. 130). ¿Treinta y tres por ciento de aumento en la participación de los asalariados en el ingreso nacional? Milcíades, hoy, eso, sería más que el Palacio de Invierno.

Sumados al porcentaje que ya penosamente tenía la clase obrera, obtendríamos que, con el primer peronismo, el ingreso de los trabajadores en el ingreso nacional superó el cincuenta por ciento. Nunca en su historia, ni remotamente, los pobres tuvieron tanto. Si, como decía Perón, la víscera más sensible del hombre es el bolsillo, no cabe duda de que esa sensible víscera fue muy bien tratada a partir de febrero de 1946. Y muy maltratada a partir de entonces, por los “libertadores” y los que luego vinieron. Hasta llegar al colmo con el peronismo de Menem, que los expulsó del sistema de producción hacia el barro de la indignidad, condenándolos a ser delincuentes o mendigos. Desde entonces, hasta los tímidos intentos del gobierno de Kirchner por redistribuir la riqueza, sólo se ha pensado en solucionar ese problema por medio de la represión, y así lo exigen las clases sociales incluidas en el sistema, las medias y las altas. Buenos Aires, según se sabe, es una sociedad opulenta, y el resto del país un territorio de desposeídos ante quienes los satisfechos porteños piden, votando al señor Macri, por ejemplo, seguridad, es decir, represión. Represión y no inclusión, ni educación, ni trabajo con salarios dignos, no asistencialistas. Buenos Aires, que siempre quiso ser la París de América latina, lo será con más similitud que nunca cuando los marginados, los excluidos, los escupitados por el sistema de concentración de la riqueza se arrojen sobre la ciudad opulenta como los musulmanes de París se han arrojado, salvajemente, quemando todo con su furia, sobre la Ciudad Luz. Entonces la población capitalina clamará por un Sarkozy o, de acuerdo con las modalidades nacionales acostumbradas a pedir medidas extremas cuando tienen mucho miedo, un Le Pen. De la sagacidad de Cristina F, de quien hemos, recuérdese, tomado muy en serio su brillante discurso de asunción, sea acaso posible esperar que el país no se desbarranque por ese abismo. El problema desesperante de la pobreza se agudiza en un país que tuvo la experiencia del bienestar, de “los años felices”. Un país en que los pobres superaron el cincuenta por ciento de la renta nacional. Aunque haya pasado mucho tiempo, ese recuerdo en alguna parte todavía está y alimenta la indignación, la conciencia de la ignominia. Pese a que la TV basura, los caños, las mujeres objeto, las mujeres-culo y el lumpenaje radial trabaje para adormecer, para idiotizar el surgimiento de ese reclamo por el decoro, la integridad moral de la vida, por lo mejor que un gobierno peronista –de acuerdo con su más genuina tradición– les pueda dar a los pobres: trabajo digno, vivienda digna, educación digna. Derechos humanos básicos. Porque juzgar a los represores del genocidio está muy bien, y si lo está es porque ese genocidio se hizo para implantar este sistema de injusticia estructural. Pero los derechos humanos deben contemplar también las penurias de los hombres y las mujeres de hoy. Si alguien se considera peronista, debe saber que el peronismo todavía sigue vigente, no por una *obstinación irracional del primitivismo de los pobres*, sino porque, bajo ese peronismo de los albores, la renta, formidablemente, superó ese 50 por ciento en favor de los relegados de siempre.

Qué bien parado salió Perón en estas temáticas, ¿no? Si alguien se siente incómodo, en principio que se aguante. (Uno es educado y no dice otra cosa. Que se joda, por ejemplo.) Sin embargo, ya lo veremos al general con sus agachadas bien expuestas. No se puede decir, por otra parte, que no hayamos señalado un montón hasta aquí. Era frío, fue distante con Evita durante su muerte, fue excesiva, innecesariamente agresivo con la Juventud Peronista y bajo su mirada aquiescente López Rega, Villar y Osinde organizaron todo el aparato de la Triple A. No obstante, sea lo que haya sido Perón (cuesta, por otra parte, encontrar políticos “intachables”), siempre quedará eso a su favor. Dos cosas fundamentales: fue el que más irritó, incomodó, metió su más duro y grueso dedo en el trasero de la oligarquía. Y fue el que más les dio a los pobres. Que por eso lo recuerdan como a su querido “general”. Y al que no le guste, que haga algo mejor. Se agradecerá.

PRÓXIMO DOMINGO

Cercanías de Eva Perón

IV Domingo 10 de febrero de 2008